

capuz, mientras que ellos se complacian en sufrir estos oprobios en el egercicio de su ministerio evangélico. Su desinterés no menos que su invencible paciencia, disiparon todas las preocupaciones, y les conciliaron generalmente la veneracion pública.

25. Cuando Francisco vió que su compañía llegaba al número de once hermanos, y entre ellos un sacerdote llamado Silvestre, el primero de la órden que fue revestido de este carácter, dispuso en estilo sencillo una forma de vida que no era mas que los consejos evangélicos reducidos á práctica, con las pocas reglas necesarias para la uniformidad de la observancia; y despues resolvió hacer aprobar esta regla por el Papa, sin otro apoyo que la proteccion divina. Habiendo hallado medio de presentarse no sin trabajo al Sumo Pontífice Inocencio III, que naturalmente era perspicáz y estaba muy versado en los caminos de Dios, reconoció á pesar del exterior despreciable de este hombre, una sencillez verdaderamente evangélica, una pureza admirable de corazon, unos designios vastos, y aquella firmeza de resolucion que caracterizan el celo originado del espíritu de Dios. Aficionóse inmediatamente al humilde Francisco, y se sintió inclinado á concederle lo que pedia; pero muchos cardenales hallaron este instituto singular y muy superior á las fuerzas humanas. Por una feliz casualidad se hallaba en Roma Guido, obispo de Asís, que hacia mucho tiempo conocia y admiraba á su virtuoso diocesano. Este prelado dijo al Papa y á los cardenales: „si no accedeis á la de-

manda de este pobre de espíritu, temed que os opondreis al mismo Evangelio, puesto que la forma de vida cuya aprobacion solicita no es otra cosa mas que la observancia de la perfeccion evangélica. Ahora, pues, ¿no seria blasfemar contra Jesucristo, que es el autor, pretender que en él se contiene alguna cosa imposible ó menos razonable?” Movido el Papa Inocencio de estas razones, aprobó la regla del santo; pero solo de viva voz, lo que acaeció en el curso del año 1210.

26. Al salir de Roma Francisco y sus compañeros, llenos de confianza iban discurriendo juntos acerca de los medios de guardar fielmente su regla: no se detuvieron hasta que la flaqueza natural y la necesidad de alimento les obligó á ello. Pero el lugar era desierto, y no sabian cómo buscar algun sustento. Entonces se presentó un hombre que les entregó algunos panes, y desapareció al momento. Este cuidado de la Providencia los confirmó en la resolucion de no separarse jamás de la pobreza absoluta que habian abrazado. Esta era tan estrecha, que en su cabaña adonde volvieron cerca de Asís, no tenian siquiera libros para rezar el oficio canónico; por cuyo motivo en el espacio de mucho tiempo, sus oraciones comunes y continuadas fueron casi todas mentales. Una cruz de palo colocada en medio de la cabaña donde se reunian, era el libro eficaz, cuya muda elocuencia producia en sus almas una fuente inagotable de luces y de santos afectos. El espectáculo de la naturaleza servia igualmente á elevar sus corazones há-

dor, tenia el mayor pesar de que sus discursos no correspondiesen á sus conocimientos. Consolábase no obstante con las alabanzas que no dejaban de darle, pero la bienaventurada María le curó de la vana complacencia que tenia en esta especie de elogios, y corrigiendo el amor propio del predicador, remedió al mismo tiempo el defecto principal de sus sermones, en los que acumulaba muchas materias, de las cuales no presentaba mas que lo brillante, sin poder entrañarlas de un modo sólido.

María observó en este retiro un continuo ayuno, y aun practicó unas austeridades poco imitables, pero muy dignas de ser respetadas por razon de la inspiracion divina, cuyo influjo prueban de un modo casi evidente la solidéz de su espíritu y de sus virtudes. Una vez pasó los diez dias que median entre la Ascension y Pentecostes sin probar bocado, sin aflojar en sus egercicios laboriosos, y sin sentir la menor flaqueza. Miraba el trabajo como una penitencia impuesta á todos los hombres despues del pecado de nuestros primeros padres. Esta razon fue la que la redujo á abandonar todos sus bienes y á la necesidad de trabajar, tanto para procurarse el vestido y el alimento indispensable, como para satisfacer á la inclinacion que tenia de socorrer á los necesitados.

30. Sus egejmos contribuyeron poderosamente á mantener en su patria el espíritu de fe y de piedad que distinguia entonces á los flamencos entre todas las naciones cristianas. Los cruzados venidos de estas

provincias para combatir á los albigenses, fueron en medio del estruendo de las armas un espectáculo de edificacion y de admiracion á los ojos del piadoso obispo de Tolosa. Cuando éste pasó á Flandes, como tambien Jacobo de Vitri, la admiracion de los santos personajes llegó hasta el entusiasmo. Les parecia, dicen, haber dejado el Egipto, y haber entrado en la tierra de promision. Admiraron particularmente en el sexo devoto el profundo respeto de que se mostraba penetrado, tanto á las cosas santas como á sus ministros tan despreciados en el Langüedoc, haciéndose sensible hasta en sus modales exteriores. Admiraron en diferentes lugares compañías de vírgenes, que en medio de la humildad mas austera solo vivian del trabajo de sus manos, no obstante que muchas de ellas eran de familias ilustres y opulentas. Las mugeres igualmente consagradas á Dios se aplicaban con desvelo verdaderamente maternal, á preservar aquellas almas puras del contagio del siglo, y arraigarlas en la práctica de la vida perfecta. Las viudas mas ocupadas en agradar á Dios que lo habian estado jamás en agradar á los hombres, pasaban su vida en los ayunos y vigilijs, en la oracion, en el trabajo y en las obras de caridad. Hasta las mugeres empleadas en los cuidados del matrimonio, educaban sus hijos en el temor de Dios, guardaban á menudo continencia para vacar mejor á la oracion, y muchas la observaban habitualmente con consentimiento de sus esposos. Todas despreciaban los juicios y los discursos mundanos, que no atreviéndose

se á impugnarlas directamente, hacian de ellas el objeto de sus escarnios. Dieron una prueba brillante del horror estremado que tenian á los pecados en los desórdenes que ocasionaron las guerras civiles en algunas ciudades de los Países Bajos. Muchas en Lieja se echaron en los rios y en las cloacas para salvar su honor; y atendiendo el Señor mas bien á la intencion que á esta conducta, la justificó en algun modo, no permitiendo que alguna de ellas pereciese.

El cielo favoreció á algunas con los dones mas extraordinarios, los que Jacobo de Vitri tuvo el cuidado de transmitirnos (1). Atribuye sobre todo el don de milagros á la bienaventurada María de Ognies; y en la historia que compuso de esta heroína evangelica refiere muchas maravillas obradas durante su vida y despues de su muerte, que aconteció el 23 de Junio del año 1213, el treinta y seis de su edad. Hace muchos siglos que es honrada como bienaventurada en el pais donde se retiró, y aun edificó largo tiempo despues de su muerte con la memoria de sus virtudes.

31. Pero mientras que en un ángulo del mundo se ofrecian á la vista vestigios tan hermosos de la fe primitiva, la relajacion que cundia por todas partes hizo pensar seriamente en la reforma y en la celebracion del concilio general convocado ya para este fin. Todos los estudios florecian con esplendor en la universidad de París. En ella se estudiaban no solo las artes liberales, sino tambien la medicina, el de-

(1) Cap. 66.

recho civil y canónico, y con particularidad la teología. Concurrían de todos los climas una multitud prodigiosa de estudiantes, atraídos por lo delicioso del pueblo, por la abundancia de las comodidades de la vida, y por la proteccion especialísima que sucesivamente les concedieron los dos Reyes Luis el joven y Felipe Augusto. Los estudiantes innumerables estaban divididos por naciones, ingleses, alemanes, italianos y franceses; y entre estos los normandos, potevinos, bretones, borgoñeses, brabanzones y flamencos; pero cada uno de estos cuerpos era aun mas caracterizado por algun vicio particular que por el lugar de su origen. La diversidad de sectas y de sistemas producía una division todavía mas dañosa que la de las opiniones. El menor de los defectos era estudiar por vanidad, por una emulacion envidiosa, por interés y por ambicion.

Un profesor de lógica llamado Amalrico, y aun mas abiertamente sus discípulos, vinieron con sus sutilezas á dar en la heregía, adoptando los mas detestables principios de perversion. Sostenian que cada uno podia salvarse por la infusion interior de la gracia del Espíritu Santo, sin acto alguno exterior, y que por consiguiente la confesion, la Eucaristía, el bautismo y todos los sacramentos eran inútiles. Exaltaban la caridad hasta decir, que lo que era pecado en sí cesaba de serlo luego que tenia por principio esta virtud. En consecuencia cometian el adulterio y los excesos mas infames bajo el nombre de caridad; prometiendo recompensas eternas en vez de castigos

cia el Supremo Hacedor del universo, que admiraban y bendecian en todas sus obras. Aumentándose su número de día en día, á pesar de su austera indigencia, y no cabiendo ya en los estrechos límites de su cabaña, pidieron la iglesia de la Porciúncula á los religiosos benedictinos á quienes pertenecía, y era la mas pobre que habia en el país. Obtuvoéonla fácilmente; y Francisco haciéndola su primera casa y como la cuna de su órden, se aficionó mas á ella que á ningun otro parage de la tierra.

27. De allí iba á predicar á las ciudades y comarcas vecinas. Sus discursos no eran estudiados; pero su solo aspecto prevenia y enternecia los corazones. Tenia siempre el rostro elevado hácia el cielo, adonde su alma queria al parecer lanzarse. Cualquiera le habria tenido por uno de los moradores celestiales, desterrado en la tierra y suspirando sin cesar por su libertad. Conocido en fin de todo el mundo, fue tenido en tal veneracion, que cuando entraba en alguna ciudad corrian á tocar las campanas, y acudia todo el pueblo y el clero llevando palmas y entonando cánticos. Unos le besaban las manos y los pies, otros tocaban sus vestidos, y se tenian por dichosos en poder besar la tierra que habia pisado. Su compañero lleno de admiracion á vista de tantos honores como recibia, se lo hizo presente. „Hermano mio, le respondió, ¿ignorais que todos estos respetos se dirigen á Dios? A mí me corresponde devolvérselos, al modo de los homenages rendidos á una estátua que debe referirse al original. ¿Deberemos pri-

var á este buen pueblo de la recompensa que merece su fe honrando á Dios en la mas vil de sus criaturas?” Hizo conversiones célebres, y redujo al camino de la perfeccion á muchas personas distinguidas, entre las cuales la mas notable fue Santa Clara, natural como él de la ciudad de Asís.

28. Era de una familia noble, todos sus parientes por parte de padre y madre militares, y su fortuna proporcionada á su nacimiento. Fue prevenida con las bendiciones celestiales en el seno de su madre que la dió el nombre de Clara, porque le fue revelado que traía una niña que esclareceria á todo el mundo (1). Desde su infancia manifestó una tierna caridad á los pobres y una inclinacion muy particular á la oracion. No tardó en tomar un cilicio que llevaba continuamente á raíz de sus carnes debajo de los vestidos preciosos que la obligaban á usar, y se negó á admitir un casamiento ventajoso, porque estaba resuelta á consagrar su virginidad al Señor. Penetrada de las máximas de perfeccion casi olvidadas, que Francisco se esforzaba en pintar á los fieles, deseó conversar con este gran siervo de Dios, quien por su parte movido de la reputacion de tan ilustre vírgen, queria verla y unirla inseparablemente al Señor. En las disposiciones en que ella estaba, habria tomado bien pronto su partido bajo la conducta de un director tan santo. El domingo de ramos del año 1212, y el diez y ocho de la edad de Clara, fue esta á la iglesia con las otras personas de su sexo y con-

(1) *Vading, ann. 1213. — Sur. ad 12. Aug.*

dicion adornadas magníficamente; y al acercarse para recibir los ramos benditos, el obispo que estaba prevenido bajó al pie de las gradas del altar, y la presentó una palma, en señal de la victoria que ella meditaba conseguir del mundo y de la carne. La noche siguiente vino acompañada como lo exigía la decencia á la iglesia de Porciúncula, donde los frailes que cantaban maitines la recibieron con velas encendidas. Allí dejó todos los adornos del siglo, se hizo cortar el cabello, se revistió delante del altar de un hábito de penitencia; y luego la acompañó San Francisco al monasterio de San Pablo, que era de religiosas benedictinas, hasta que pudo proporcionarle otro domicilio.

Sus padres, que se creyeron deshonrados con la humilde profesion de su hija, hicieron todos los esfuerzos posibles para que desistiese de sus designios, moviendo contra ella una verdadera persecucion. No solamente se mostró inalterable, sino que atrajo al cabo de diez y seis dias á su hermana Inés, de menos edad que ella, á quien estaba mas estrechamente unida por la semejanza de virtudes que por los lazos de la naturaleza. Francisco, despues de haber cortado con su propia mano el cabello de Inés, estableció entonces á las dos hermanas cerca de la iglesia de San Damian, que él habia reparado algunos años antes. Reunieron muchas compañeras de su vida penitente, y formaron una comunidad que dió principio al instituto de las clarisas, ó segun la denominacion italiana, al órden de las mugeres pobres, capáz de

asombrar á los hombres mas esforzados por el rigor de su observancia.

29. Por el mismo tiempo vivia de una manera no menos admirable, aunque en estado menos perfecto, la bienaventurada María de Ognies, llamada así del lugar donde pasó la mayor parte de sus dias en la Bélgica sobre las orillas del Sambra (1). En la edad de catorce años tomó el estado de matrimonio. Poco despues inclinó á su marido á caminar como ella á la perfeccion, y á vivir en perfecta continencia. Ambos se dedicaron por algun tiempo al servicio de los leprosos cerca de Nivelles, lugar de su nacimiento; pero no pudiendo esta sufrir ya mas el concurso de aquellos que iban á visitarla por honor, se retiró cerca de un monasterio de canónigos regulares del mismo Ognies, recien fundado y frecuentado de muchos siervos de Dios, de cuyo espíritu se prometia grandes auxilios para su adelantamiento en la virtud. El buen olor de su vida atrajo tambien algunos, tales como el piadoso obispo Foulques de Tolosa, arrojado entonces de su silla, y Jacobo de Vitri, cura de Argenteuil, á quien predijo que seria obispo de la tierra santa, como en efecto lo fue de Ptolemaida. Hizo ella á este servicios mucho mas grandes que los que se podia prometer. La fama de la elocuencia de Vitri movió al Papa á darle la comision de predicar la cruzada contra los albigenses. Mas teniendo el entendimiento exacto, y con ideas mucho mas sanas que las de su siglo con respecto á las cualidades de un ora-

(1) *Boll. ad 23. Jun.*